

permitido; sino que también es preciso hacerlo: pero en estos mismos casos es necesario examinar bien, por qué espíritu ó con qué intensión se obra; guardándose especialmente de hacer nunca esto por un espíritu de venganza.

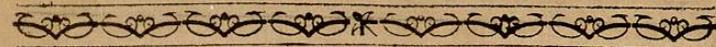
Cornelia. Siendo, pues esto así; ¿cómo tomará esta tal persona los consejos, las reprensiones, los desaires, las palabras groseras ó desdeñosas, las preferencias de otras personas á ella, y generalmente todas las pequeñas humillaciones, que son tan ordinarias en la vida humana?

Teodosia. Con paz, con sosiego, con tranquilidad: su corazón, preparado de antemano y que ama ya el abatimiento, ni aun siquiera se inquietará.

Atanasia. ¡Oh, cuánto me agrada este retrato! Y ¡cuánto celebraría yo parecerme á él!

Teodosia. Pues, amiga mía: oración, y trabajar; pero ha de ser oración continua, y un trabajar con todas tus fuerzas; de esa manera lo conseguirás.

Cornelia. Yo lo deseo con impaciencia; y no pudiera acaecerme una cosa más agradable.



CONVERSACION XXXIII

SOBRE LA OBEDIENCIA.

Antonia. Es tal el deseo que tengo de aprovecharme de tus luces, que ya se me hacía que se retardaba demasiado el verte.

Berta. Mucho más necesito yo de las tuyas.

Julita. Las tuyas son las que aguardamos con impaciencia.

Berta. Una vez que os empeñáis en eso, decidme sobre qué deséais, que conversemos hoy.

Antonia. Acerca de la Obediencia, si fuere de tu agrado.

Berta. De muy buena gana; tanto más, porque esta virtud puede llamarse la virtud de las Virtudes.

Julita. Y ¿por qué razón?

Berta. Porque ésta es, á lo que entiendo yo, la única virtud que no está sujeta á ilusión ni engaño.

Antonia. Pues ¿y la Humildad no está igualmente exenta de todo engaño?

Berta. No; porque muchas veces se cree ser humilde, no lo siendo; en lugar que no es posible creer que se odedece, dejando de obedecer

Julita. Según te explicas, esta virtud merece más atención de la que yo pensaba.

Berta. La merece ciertamente mucho; pues por ella se conoce, si se tiene ó no, las demás virtudes, aun la Humildad también.

Antonia. No sin razón deseaba yo tanto el oírte hablar sobre esta virtud.

Berta. Considerad que á esta virtud había Dios, desde el principio del mundo, aligado la salvación del género humano.

Julita. Esta sola consideración realza infinito el precio y el mérito de esta virtud.

Berta. También á esta propia virtud fijó después Dios la Reparación del mismo Linaje humano.

Antonia. Al paso que más nos dices, más alta es la idea que nos das de la Obediencia.

Berta. Pues todavía añadiré á lo dicho, que á esta misma virtud está aneja la salvación de cada persona en particular.

Julita. Con que ¿nadie, nadie se podrá salvar sin Obediencia?

Berta. No; es indispensablemente necesario caminar por esta senda, para llegar á la salvación.

Antonia. Yo creía que no todos estaban igualmente obligados á obedecer.

Berta. Es verdad que la materia de la Obediencia, no es una misma para todos; aunque la obligación de obedecer es para todos una misma.

Julita. Me parece bastante dura una sujeción como esa.

Berta. ¡Oh! ¡Y qué preciosa es esta sujeción, cuyo fruto es una libertad eterna!

Antonia. Una tal sujeción, á la verdad, es preciosa en ese sentido; pero en otro ¿no te parece demasiado violenta? ¡Qué! ¿Y es poco ser una jamás señora de sí misma?

Berta. Cabalmente esa independencia, de que tanto gustáis al parecer, es la que causa en las almas una debilidad tan grande.

Julita. Yo no quisiera experimentar esa flaqueza; pero sí gustaría mucho de ser señora de mí misma.

Berta. Con que ¿gustaríais al propio tiempo de no pareceros en nada á Jesucristo?

Antonia. ¿Acaso Jesucristo no era dueño de hacer todo cuanto quería?

Berta. Consultad el Evangelio, y allí encontraréis que Jesucristo no hacía absolutamente en todas las cosas y en todo tiempo, más que lo que su Eterno Padre le prescribía y mandaba. (1)

Julita. ¿Dices esto mismo por lo respectivo á los Santos?

Berta. Como quiera que ellos estaban enteramente llenos del espíritu de Jesucristo, se conducían todos de la misma manera que él.

Antonia. No deja de hacernos bastante dificultad esto que acabas de decir.

(1) Joann 8. 29.

Berta. Pues si os queréis tomar el trabajo de reflexionarlo, veréis, que esta autoridad es de las más decisivas.

Julita. Sin embargo de eso, yo encuentro que es muy penoso el haber de ir siempre contra sus luces naturales, y contra sus propias inclinaciones.

Berta. Digo que sí; para una alma que todavía es esclava de sí misma; pero no para la que ya se vea libre de esta esclavitud.

Antonia. ¿Con qué no hay cosa como desprenderse del amor de sí misma, para que no se haga costosa la Obediencia?

Berta. Una vez, que has dado en el secreto, has por hallar también el medio de ponerle en práctica.

Julita. ¿Con que el amor de nosotras mismas es el que hace que encontremos tantas dificultades en la Obediencia?

Berta. Ya lo has dicho tú; has, pues, el sacrificio de ella, y lo verás.

Antonia. Sobre esto sí que quiero yo ensayarme seriamente.

Berta. Pues no se requiere más que una buena resolución, para hallarse repentinamente libre de esta dura esclavitud.

Julita. Aun si las personas que ejercen sobre nosotras el mando, fuesen de nuestro gusto, y procuraran con su buen modo hacernos amable la Obediencia; pudiera pasar.

Berta. Seguramente no lo pensáis bien, cuando así

habláis: entonces no sería una virtud completa; y además, en eso perderíais mucho mérito, y mucha Obediencia.

Antonia. Perdona; que nosotras estamos hablando conforme pensamos.

Berta. Eso ya lo veo yo; pero dejad, os ruego, de pensar de esa suerte, y hablad más en razón; debiendo estar persuadidas de que mientras más trabajo os costare obedecer, tanto mayor mérito tendréis en la Obediencia.

Julita. No obstante eso, todavía necesitamos exponer aquí una inquietud que nos resta; y es, la de pensar si aun después que hubiéremos llegado á una edad avanzada, estaremos obligadas á obedecer lo mismo que ahora.

Berta. Esos son unos temores mal fundados; porque tal vez no llegaréis á esa edad avanzada; y aun dado el caso de que lleguéis, la larga constumbre que ya habréis contraído de obedecer, hará que la Obediencia no se os haga cuesta arriba.

Antonia. Yo suscribo gustosamente, y me conformo con esta razón, porque la tengo por muy sólida.

Berta. ¿Sabes á quien comparo yo una persona que quiere valerse de su edad, por no obedecer? A aquel que habiendo hecho una feliz navegación, al fin estrellase su nave dentro del puerto.

Julita. Es una comparación esta de las más adecuadas.

Berta. Y pues Jesucristo no dejó de obedecer has-

ta la muerte (1), tampoco vosotras debéis pretender el dejar de hacerlo antes.

Antonia. Consentimos en ello con todo nuestro corazón: enséñanos ahora, de que modo es necesario obedecer.

Berta. Con sumisión, y con amor.

Julita. Yo entendí que ibas á decir, con gusto y con prontitud.

Berta. La que obedece con sumisión y con amor, obedece también con gusto y prontitud, en cuanto está de su parte.

Antonia. ¿Por qué añades *en cuanto está de su parte?*

Berta. Porque no siempre pende de nosotras el sentir este gusto de la Obediencia.

Julita. Y ¿será buena la Obediencia sin este gusto?

Berta. Sí; porque Jesucristo cuando iba á morir estaba poseído de una tristeza mortal (2), y no por eso dejó de ser perfectísima su Obediencia.

Antonia. Esto nos alienta y nos anima en gran manera.

Berta. Con tal que la sumisión y el amor acompañen á vuestra Obediencia, como sucedió á la de Jesucristo, basta eso.

Julita. ¿Se podrá mostrar el mal humor cuando se ha de obedecer?

(1) Philipp 2. 8.

(2) Matth. 26. 37, 38., & Marc. 14. 33. 34.

Berta. No; porque eso sería faltar entonces á la sumisión, y al amor.

Antonia. Expílicate algo más, si quieres.

Berta. Lo que digo es, que si no depende de nosotras, como poco antes insinué, el sentir gozo en la Obediencia; está en nuestra mano, con el socorro de la Divina gracia, resistir al mal humor.

Julita. Ahora comprendo ya lo que antes no había comprendido: pero Obediencia y sumisión ¿no son una misma cosa?

Berta. No; porque no todos los que obedecen, tienen sumisión: testigos de esto son los demanios; los cuales obedecen sin tener sumisión (1).

Antonia. Todavía no advierto yo esa diferencia entre obedecer y ser sumisos.

Berta. Es cierto, que no la hay entre obedecer y ser sumisos exteriormente.

Julita. Y ¿qué? ¿No basta eso?

Berta. No basta para con Dios, que considera y ve nuestro corazón.

Antonia. Pues ¿qué otra cosa más quieres?

Berta. Una sumisión interior, al paso que exteriormente se ejecuta lo que está mandado.

Julita. Eso sí, que es cosa muy perfecta.

Berta. No has de decir como quiera, que es cosa muy perfecta; sino que sin esta sumisión interior no hay Obediencia á los ojos de Dios; y que sería en realidad

(1) Jacob. 2. 19.

ser inobediente á sus ojos, mientras se aparenta ser obediente á los ojos de los hombres.

Antonia. Muy pocas son la personas que piensan en esto.

Berta. Sin embargo, este es el punto, sobre que más debieran examinarse.

Julita. Dinos, si gustas, ¿en qué consiste esta sumisión que tú pides?

Berta. En cierta demisión ó sumisión de espíritu, y en un abatimiento de voluntad hacia la persona que manda, y hacia la cosa mandada.

Antonia. Con que ¿no nos será permitido replicar, ni aun cuando se conozcan los defectos de la persona que manda, y de la cosa mandada, que se supone que es justa?

Berta. No; porque entonces no fuera eso obedecer con la simplicidad que inspira una verdadera sumisión.

Julita. Has dicho también, que se debe obedecer con amor.

Berta. Sí; y ha de ser con aquel amor, que da perfección á la Obediencia.

Antonia. ¿Qué es lo que entiendes tú por este amor.

Berta. Lo que yo entiendo es, que no solamente se ha de obedecer; sino también que se tenga particular gusto en ello.

Julita. Eso es pedir demasiado.

Berta. Pues en faltando esto, muy presto se siente disgusto, y se sacude cuando antes el yugo de la Obediencia.

Antonia. Y ¿por qué es eso?

Berta. Porque no es posible, se haga por mucho tiempo, lo que se hace sin amor y sin gusto; ó si se hace, es por intervalos, imperfectamente, y de mala gana.

Julita. Y ¿hasta qué grado debe extenderse este amor, en tu juicio?

Berta. Hasta preferir el estado de Obediencia á cualquiera otro, como lo practicaron Jesucristo y los Santos.

Antonia. Poquísimos hay que quieran tener este gusto.

Berta. Según eso, también habrá muy pocos que tengan el espíritu de Jesucristo.

Julita. ¿Por ventura nadie se podrá salvar sin tener este tal gozo en la Obediencia?

Berta. Muy dificultoso es; señaladamente á aquellas personas, que Dios ha llamado á este estado.

Antonia. Todo cuanto nos has dicho, pide muy serias reflexiones.

Berta. Pues como lo examinéis bien, veréis como nada os he dicho de más.

Julita. A eso mismo estamos persuapidas, y en esta persuasión nos retiramos.

